



LIBRO SEXTO.

SUMARIO.

Refiere Telémaco que rehusó la corona de Creta por volver á Itaca : que tambien la rehusó Mentor , á quien con este motivo instó la asamblea á que en nombre de la nacion nombrase el que le pareciese mas digno. Que á este fin espuso lo que acababa de saber de las virtudes de Aristodemo , el cual con efecto fué al instante proclamado rey : y que finalmente se embarcáron para Itaca ; pero que Neptuno , por complacer á Vénus irritada , les hizo padecer naufragio , de cuyas resultas acababa de recibirles Calipso en su isla.

INMEDIATAMENTE salieron los ancianos del recinto del bosque , y tomándome el principal por la mano , anunció al pueblo impaciente por saber la decision , que yo habia ganado el premio. Apénas acabó de hablar , cuando se oyó entre el concurso un confuso murmullo que terminó en gritos de alegría , haciendo resonar en toda la ribera y en los montes vecinos esta aclamacion : Sea rey de los Cretenses el hijo de Ulises semejante á Minos.

Yo esperaba un momento de silencio , y hacia señal con la mano suplicando que me oyesen. Entretanto me decia Mentor al oido : ¡ qué serás capaz de renunciar á tu pátria ! ¡ podrá mas contigo la ambicion de reinar que las lágrimas de Penelope , que funda en tu regreso su única esperanza ! ¡ podrá mas que los votos del grande

Ulises , que los dioses han decretado volverte ? Estas palabras penetráron mi corazon , y me sostuvieron contra el vano deseo de reinar.

Por fin , un profundo silencio de todos me dió lugar á que les hablase de esta manera : Ilustres Cretenses , yo no soy digno de mandaros. Es cierto que el oráculo que se acaba de referir no deja duda en que la estirpe de Minos cesaria de reinar cuando un estrangero entrase en esta isla , é hiciese que en ella reinasen las leyes de aquel sabio rey , pero no por eso dice que reinará el mismo estrangero. Yo quiero convenir en que soy el predicho por el oráculo , porque en mí se ha cumplido la prediccion de venir á esta isla , y descubrir el verdadero sentido de las leyes , ¡ y ojalá que mi esplicacion sirva para que reinen en ella con el hombre que elijais ! Pero por lo que á mí hace , prefiero mi pátria , la pobre y pequeña isla de Itaca , la prefiero á las cien ciudades de Creta , y á la gloria y opulencia de este hermoso reino. Permitidme que siga lo que me tienen indicado los hados ; y creed que si he combatido en vuestros juegos , no ha sido con el deseo de reinar , sino por merecer vuestro afecto y compasion , y porque me faciliteis los medios de volver cuanto ántes á mi nativo suelo , que mas quiero vivir bajo la obediencia de mi padre Ulises , y servir de consuelo á mi madre Penelope , que ser rey de todas las naciones del mundo. Ya veis , Cretenses , cuan justos son mis deseos , y que me es preciso dejaros ; pero solo la muerte pondrá término á mi reconocimiento. No lo dudeis : Telémaco amará á los Cretenses hasta el último instante de su vida , y no se interesará ménos en la gloria de ellos , que en la suya propia.

Apénas hube dicho esto , se levantó un sordo ruido , semejante al de las olas del mar cuando se entrecuecan

en una tempestad. Unos decian : ¿será este alguna deidad bajo la figura humana? Otros sostenian que me habian visto en otros países , y que me conocian ; y no faltó quien esclamase que se me debia obligar á aceptar el cetro. En fin volví á tomar la palabra , y cada cual procuró guardar silencio , dudando si mi nuevo discurso se dirigia á aceptar lo que rehusé al principio.

Permitid , les dije , ó Cretenses , que os diga lo que de vosotros pienso. No tiene duda que componeis la nacion mas sabia del mundo , pero la sabiduría exíge , á mi parecer , una precaucion que no os ocurre. Debeis elegir , no al que mejor discurra acerca de las leyes , sino al que tenga la virtud de observarlas con mas constancia. Yo , ya veis que soy un jóven , por consiguiente sin esperiencia , espuesto á la violencia de las pasiones , y mas en estado de aprender á mandar obedeciendo , que de mandar por ahora. No deis la preferencia al que venza á los demas en ingenio y robustez , sino al que á sí mismo haya sabido vencerse. Buscad pues quien tenga grabadas vuestras leyes en lo íntimo del corazon , y cuyas costumbres sean un ejemplo vivo del modo de observarlas ; y sean sus acciones , mas bien que sus palabras , las que os determinen á la eleccion.

Admirados los ancianos de este discurso , y viendo que cada vez crecian mas los aplausos de la asamblea , me dijéron : Pues los dioses nos quitan la esperanza de que seais nuestro rey , á lo ménos ayudadnos á encontrar uno que empeñe principalmente su autoridad en que reinen vuestras leyes. ¿Le conoceis por ventura?—Sí , les respondí inmediatamente. Le conozco tanto , como que es á quien debo cuanto en mí habeis admirado : su sabiduría , no la mia , es la que ha ha-

blado por mi boca : él es el que me ha inspirado cuantas respuestas me habeis oido.

Al instante fijáron todos en Mentor los ojos , al cual designaba yo teniéndole cogida la mano. Referí lo mucho que habia cuidado de mi infancia ; los peligros de que me habian librado sus consejos ; y los males que habian sobrevenido si alguna vez no los habia seguido.

Al principio nadie habia reparado en él , porque su traje sencillo y descuidado , su modesto continente , su silencio casi continuo , y su semblante tranquilo y reservado llamaban poco la atencion. Pero luego que mas detenidamente le miráron , descubriéron en su rostro no sé que de firme y elevado : notáron la vivacidad de sus ojos , y el aire brioso que daba á la mas mínima de sus acciones. Hiciéronle varias preguntas , y admiró con sus respuestas. Resuelven hacerle rey : lo agradece con moderacion , y se escusa con serenidad. Díjoles que preferia el sosiego de la vida privada al esplendor de la magestad : que los mejores reyes son infelices en cuanto nunca hacen el bien que quisieran , y por lo comun hacen el mal que no querrian , porque se les disfrazan los aduladores que les rodean. Y añadió : que si la esclavitud es miserable , no lo era ménos la soberanía , verdadera esclavitud : aunque disfrazada. Un rey , decia , depende de todos aquellos de quienes necesita para hacerse obedecer. ¿ Feliz mil veces el que no se vé obligado á mandar ! sola nuestra pátria , ella sola es acreedora , si nos confia la autoridad suprema , á que en su beneficio sacrifiquemos nuestra libertad.

Apénas los Cretenses pudieron volver en sí del asombro que tales razones les causáron ; y preguntándole ¿ á quien debian escoger?—A quien mejor os conozca , les respondió , y pues para gobernaros es preciso cono-

ceros, escoged á quien conociéndoos tema gobernaros. El que desea el cetro, no le conoce; ¿y cómo desempeñará sus obligaciones no conociéndolas? Este tal le buscará para sí, y vosotros necesitais quien por solo vuestro amor le acepte.

En gran manera maravillados quedáron los Cretenses al ver á dos extranjeros rehusar la diadema de tantos codiciada. Quisiéron saber con quien habíamos ido á Creta, y Nausicrates, que nos condujo desde el puerto al circo, les mostró á Hazael, con quien Mentor é yo habíamos ido á la isla de Chipre. Pero su admiracion fué mucho mayor cuando supiéron que Mentor habia sido esclavo de Hazael, el cual prendado de su sabiduría y de su virtud, de su esclavo le habia hecho su consejero, y tenia en él su mejor amigo: que este mismo esclavo recién liberto era él que acababa de resistirse á aceptar un reino; y que Hazael habia ido desde Damasco de Siria á instruirse en las leyes de Minos, arrastrado del amor que profesaba á la sabiduría.

Los ancianos le dijéron á Hazael: no nos atrevemos á suplicaros que nos gobernéis, porque os creemos con las mismas ideas que á Mentor: despreciáis demasiado á los hombres para encargaros de dirigirlos. Además mirais con despego las riquezas y el esplendor del trono, para que querais adquirirlas á costa de las fatigas anejas al gobierno. — No creais, Cretenses, respondió Hazael, que desprecio á los hombres: nada ménos. Yo sé muy bien cuan glorioso es emplearse en hacerles buenos y felices; mas este empleo trae consigo infinitos disgustos y peligros, y el esplendor que le rodea es falso, incapaz de deslumbrar á quien no sea un presuntuoso desvanecido. La vida es corta, las grandezas irritan mas que satisfacen las pasiones. Por aprender á pasarme

sin esos aparentes bienes he venido de tan léjos, no por adquirirlos. Saben los dioses que mis deseos se reducen á volver á mi pátria para pasar en ella una vida pacífica y retirada, en la cual la sabiduría alimente mi espíritu, y las esperanzas que da la virtud de gozar otra mejor vida me consuelen de los disgustos de la vejez. Si yo tuviera algo que desear, no seria el trono: fuera sí, él no separarme jamas de estos dos hombres que veis conmigo.

En fin los Cretenses, dirigiéndose á Mentor, exclamaron: ¡O tú, el mas sabio y grande de los mortales! dínos pues á quien podrémos elegir. No penseis partir sin habernos dicho en quien debemos hacer esta eleccion. Mentor les respondió: Estando entre la multitud de los espectadores, me llamó la atencion la tranquilidad de un anciano, en quien, á pesar de los años, se descubria mucho vigor. Pregunté quien era, y me respondieron que se llamaba Aristodemo. Despues oí que le dijéron que sus dos hijos eran del número de los combatientes; mas no por eso dió señas de alegrarse: dijo sí que al uno no le deseaba los riesgos del trono, y que amaba mucho su pátria para desear que reinase el otro. De esto inferí que este padre amaba con un amor racional á uno de sus hijos que era virtuoso, y que no disimulaba los estravíos del otro. Aumentóse mi curiosidad, y pregunté qué género de vida era la de aquel anciano; y uno de vuestros ciudadanos me respondió: que habia militado muchos años, y tenia el cuerpo cubierto de cicatrices; pero que por su virtud sincera y enemiga de la adulacion habia venido á ser incómodo á Idomeneo, que por esto no se sirvió de él para el sitio de Troya. Temió un hombre, cuyos consejos no podia resolverse á seguir, y ade-

mas tuvo envidia de la gloria que no hubiera tardado en adquirirse. Ello fué que olvidando todos sus servicios, se le dejó aquí pobre y despreciado de los hombres groseros é infames, que solo dan estimacion á las riquezas. Mas él vive alegremente contento con su pobreza en un parage retirado de la isla, donde por sí mismo cultiva una tierra propia suya. Ayúdale un hijo; se aman con la mayor ternura, y son felices. Por su frugalidad y su trabajo se han adquirido la abundancia de lo necesario á una vida sencilla. El sabio anciano reparte entre los pobres enfermos de su vecindad lo que le sobra: persuade á los jóvenes á que trabajen: les exhorta y les instruye. Es el juez de las diferencias que ocurren en el vecindario, y el padre de todas las familias. La desgracia de la suya es tener un hijo segundo, que no ha querido seguir sus consejos. El padre, harto de tolerarle mucho tiempo por si podria corregirle, ha tenido al fin que echarle de su casa, fuera de la cual vive abandonado á una loca ambicion y á todos los placeres.

Esto es lo que me han referido: á vosotros toca saber si es verdad. Mas si este hombre es como le pintan, ¿á qué celebrar juegos ni juntar tantos desconocidos? Entre vosotros teneis uno que os conoce, y que os es conocido: instruido en la guerra; que ha dado pruebas de su valor, no solo contra las flechas y los dardos, sino contra la horrorosa pobreza; que ha despreciado las riquezas que se adquieren con la lisonja; que ama el trabajo, y sabe cuan útil es al estado la agricultura: que detesta el lujo; que no se deja llevar de un ciego amor por sus hijos; que ama la virtud del uno y condena el vicio en el otro: en una palabra, un hombre que es ya padre del pueblo. En él

teneis vuestro rey, si de veras deseais que reinen las leyes del sabio Minos.

Es cierto, exclamó todo el pueblo, que Aristodemo es cual vos decís: él es quien merece reinar. Hicieronle llamar los ancianos, búscanle entre la turba, y en ella le hallan confundido con los de la última plebe. Presentase tranquilo, hácesele saber que es el elegido rey, y responde de esta suerte: No admitiré la eleccion sino con tres condiciones. La primera, que dentro de dos años dejaré el cetro, si en ellos no logro hacerlos mejores que lo que sois, ó si os oponéis á las leyes. La segunda, que he de ser dueño de continuar teniendo una vida sencilla y frugal: y la tercera, que mis hijos, por serlo, no tendrán distincion alguna, y que despues de mi muerte serán tratados segun lo hubieren merecido; esto es, como los demas ciudadanos.

Al concluir estas palabras resonaron por el aire mil gritos de alegría. El principal de los ancianos, guardas de las leyes, cinó con la diadema (1) las sienes de Aristodemo; y por fin se hicieron solemnes sacrificios á Júpiter y á los otros dioses supremos. Aristodemo nos hizo varios presentes, no con la magnificencia ordinaria á los reyes, sino con una noble sencillez. Dióle á Hazael las leyes de Minos escritas de propio puño de aquel sabio rey: dióle un compendio de toda la historia de Creta desde el tiempo de Saturno y la edad de oro: hizo poner en su nave de todas las especies

(1) Era la diadema una cintilla en los tiempos mas remotos, una venda ancha en los posteriores, con que ceñian sus sienes los reyes, y con especialidad los de Oriente.

de buenos frutos que hay en Creta, y no se conocen en Siria, y le ofreció cuanto pudiese necesitar.

Como nosotros apresurásemos nuestra partida, dispuso que se nos equipará un navío bien tripulado de remeros y tropas, y nos proveyó de ropas y bastimentos. Levantóse al instante un viento favorable para Itaca, pero contrario á Hazael; por lo que tuvo que detenerse. Viónos partir, y nos abrazó como amigos, á quienes jamas volvería á ver. Los dioses son justos, decía: bien ven una amistad que solo se funda en la virtud: algun día nos reunirán; y esos campos fortunados, en donde se dice que los justos gozan despues de la muerte de una paz eterna, verán juntarse nuestras almas para no separarse jamas. ¡Ojalá pudiesen tambien ser mis cenizas recogidas con las vuestras! decía ya esto deshecho en lágrimas y suspiros. No lloremos ménos nosotros; y así nos condujo al navío.

Por lo que respecta á Aristodemo, nos dijo: Vos sois los que acabáis de hacerme rey: acordaos de los riesgos en que me habeis puesto. Rogad á los dioses que me inspiren la verdadera sabiduría, y que exceda tanto en moderacion á los demas hombres, quanto los excedo en autoridad. Yo por mí les rogaré que os conduzcan con felicidad á vuestra pátria: que confundan la insolencia de vuestros enemigos, y que os concedan la insolenia de vuestros enemigos, y que os concedan ver en ella á Ulises reinando en paz con su amada Penelope. El navío que os doy va bien tripulado de remeros y de tropas, de las que os podeis servir contra esos hombres injustos que persiguen á vuestra madre. Por vos, Mentor, como vuestra sabiduría de nada necesita, nada me deja que desearos. Andad, vivid juntos y felices: acordaos de Aristodemo, y si en algun tiempo los de Itaca necesitassen de los Cretenses, contad con-

migo hasta mi postrimer aliento. Abrazónos; y al querer nosotros manifestarle nuestro agradecimiento, no pudimos contener las lágrimas.

Entretanto el viento que hinchaba nuestras velas, nos prometia una feliz navegacion. Ya el monte Ida no era á nuestra vista mas que una colina; las riberas desaparecian, y las costas del Peloponeso (1) como que se venian por el mar acercando á nosotros; cuando de repente una negra tempestad oculta el cielo, é irrita las olas: el dia se nos convierte en noche; y la muerte se nos presenta. ¡O Neptuno! tú fuiste él que con el sorberbio tridente alborotaste las aguas de tu imperio. Por vengarse Vénus del desprecio que de ella hicieron hasta en su templo de Citerea, fué á buscar á este dios: háblale enternecida, dando con las lágrimas que corrian de sus hermosos ojos mayor realce á su belleza, y energía á sus razones. Por lo ménos así me lo ha asegurado Mentor, que conoce las cosas divinas. ¿Consentiréis, ó Neptuno, le dice, que estos impíos se burlen impunemente de mi poder? Los mismos dioses le reconocen, y estos temerarios mortales se han atrevido á vituperar todo quanto en mi obsequio se hace en mi isla. Se jactan de una consumada sabiduría, y tratan al amor de locura. ¿Os habeis olvidado de que he nacido en vuestro imperio? ¿por qué, pues, os deteneis en sepultar en vuestros profundos abismos á esos hombres que me son insufribles?

Apénas lo hubo dicho, cuando Neptuno sublevó las

(1) El Peloponeso, en el dia la Morea, es la parte meridional de la Grecia: es una península que comunica con la Grecia septentrional por el istmo de Corinto. Rodéanla el golfo de Lepanto, el mar de Grecia y el Archipiélago.

olas hasta el cielo, y Vénus se alegró, creyendo inevitable nuestro naufragio. Turbado el piloto, esclama que ya no puede resistir al ímpetu de los vientos, que con tanta violencia nos impelían hácia las rocas. Una ráfaga rompió el mástil, y poco despues advertimos que las puntas de los peñascos habían roto el casco. Entra el agua por todas partes, húndese el navío, y los remeros dirigen al cielo lamentables gritos. Abrázome á Mentor, y le digo: He aquí la muerte: recibámosla á con valor. Los dioses nos han sacado de tantos peligros para que hoy perezcamos: Muramos pues, Mentor, muramos: á mí me sirve de consuelo morir con vos: nuestros esfuerzos para salvar nuestra vida serán inútiles.

El verdadero valor, me respondió Mentor, siempre encuentra algun arbitrio. No basta estar dispuesto á recibir con tranquilidad la muerte; es necesario hacer, sin temerla, todos los esfuerzos para rechazarla. Tomemos nosotros uno de esos bancos de los remeros, y miéntras que esa multitud de hombres tímidos y perturbados suspira por la vida sin buscar los medios de conservarla, no perdamos un momento en salvar la nuestra. Inmediatamente tomó un hacha, y acabó de cortar el mástil roto, cuyo peso casi volcaba el navío: échale fuera, y se arroja sobre él á las furiosas olas. Llámame por mi nombre, y me anima á que le siga. Así como un grande árbol, contra quien se han conjurados los vientos, permanece inmóvil asegurado en sus profundas raíces, de suerte que la mayor tempestad no hace mas que agitar sus hojas: así Mentor, no solo firme y valeroso, sino afable y tranquilo, parecia que mandaba á los vientos y á las olas. Yo le seguí, y ¿quién animado por él no le hubiera seguido?

Nosotros procuramos asegurarnos sobre este mástil

flotante, que nos fué de un gran socorro, porque podíamos sentarnos en él, que si hubiéramos tenido que nadar de continuo, bien pronto nos hubieran faltado las fuerzas. Pero la cruel borrasca volteaba muchas veces este gran madero, y con sus vueltas nos sumergía en el mar, haciéndonos tragar el agua salada, que arrojábamos despues por boca, oídos y narices; y poniéndonos en la precision de disputar á las olas la posesion del mástil. A veces vino tambien alguna ola tan alta como una montaña, y pasó por cima de nosotros: entónces redoblábamos nuestros esfuerzos para evitar que con los vaivenes del violento choque se nos escapase el mástil, que era nuestra única esperanza.

Estando en esta terrible situacion, me decia Mentor con la misma serenidad que está ahora sobre estos céspedes: ¿Crees por ventura que tu vida está abandonada á los vientos y á las olas? ¿y qué las olas ni los vientos pueden nada contra tí sin orden de los dioses? De ningun modo. A ellos toca decidir de todo. Temamos pues á los dioses, y no al mar. Aunque estuvieses en lo profundo de los abismos, la mano de Júpiter podria sacarte de ellos: así como, aunque estuvieras en el Olimpo, viendo á tus pies los astros, podria sepultarte en lo mas profundo de los abismos, ó precipitarte á las llamas del negro Tártaro. Escuchaba yo, y admiraba esté discurso, que no dejaba de consolarme algun tanto; pero me faltaba serenidad para responder. Ni Mentor me veía, ni yo podia verle. Pasamos toda la noche erizados de frio y medio muertos, sin saber todavía donde nos arrojaría la borrasca. Por fin empezó á calmar el viento, y el mar, aunque bramando, era semejante á quien despues de haber

estado mucho tiempo irritado, no le queda, de cansado, mas que algun resto de turbacion é inquietud: bramaba sordamente, y sus olas no eran ya con corta diferencia mas que como los surcos que en un espacioso campo deja el arado impresos.

Entretanto viene la Aurora á abrir al sol las puertas del cielo, y nos anuncia un hermoso dia. Estaba todo el Oriente encendido; y las estrellas, que por tanto tiempo habian estado ocultas, volviéron á parecer, y se retiráron á la llegada de Febo. Divisamos la tierra á lo léjos, y el viento nos iba acercando á ella, y con esto sentí renacer la esperanza en mi corazon; mas no percibimos ninguno de nuestros compañeros; y segun las apariencias perdiéron el valor, y quedáron sumergidos con la nave. Cuando estábamos ya cerca de tierra, nos impelia el mar contra las rocas, donde sin duda nos estrelláramos, si no hubiéramos tenido la advertencia de presentarlas la punta de nuestro mástil, del cual hacia Mentor lo que un diestro piloto hace del mejor timon. Así nos libramos de aquellas terribles rocas, y hallamos por fin una orilla suave y llana, por la cual, nadando sin trabajo, llegamos á la arena. Allí fué, ó gran diosa, donde nos visteis, y allí donde os dignasteis de recibirnos.

FIN DEL LIBRO SEXTO.

LIBRO SÉPTIMO.

SUMARIO.

Admira Calipso á Telémaco en sus aventuras, y no perdona medio para retenerle en su isla, y empeñarle en su amor. Sostíenele Mentor contra sus artificios y contra Cupido, que Venus llevó consigo para socorrerla. Sin embargo Telémaco y la ninfa Eucaris conciben una mutua pasion, que al principio excita los zelos de Calipso, y despues su enojo contra ámbos. Jura por la Estigia que Telémaco saldrá de la isla. Va Cupido á consolarla, y obliga á sus ninfas á que mientras Mentor se llevaba á Telémaco para embarcarse, quemasen el navío que á este fin habia hecho. Alégrase interiormente Telémaco de verle arder, y conociéndolo Mentor, le precipita consigo al mar para ganar á nado otro navío que veía cerca de la costa.

ACABÓ Telémaco su discurso, y admiradas las ninfas se miraban unas á otras, y se decian: ¿ Quiénes serán estos hombres tan favorecidos de los dioses? ¿ Cuándo se ha oido hablar de tan maravillosas aventuras? ¿ Sin duda que el hijo de Ulises ya se aventaja á su mismo padre en elocuencia, en sabiduría y en valor! ¿ No veis qué semblante, qué hermosura, qué afabilidad y qué modestia? ¿ y no veis tambien qué heroismo y qué grandeza? Si no supiéramos que era hijo de un mortal, era fácil que le tuviésemos por un dios: le tendríamos por